



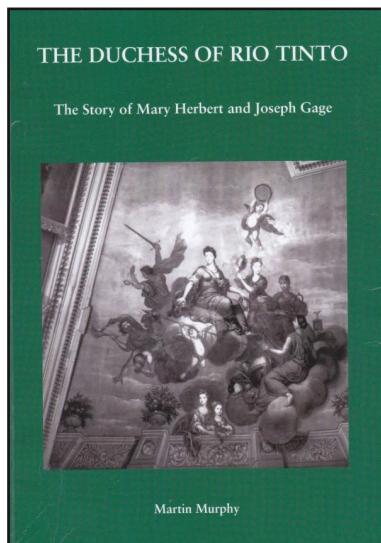
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 24 (2018)

Martin MURPHY (2015), *The Duchess of Rio Tinto. The Story of Mary Herbert and Joseph Gage*, Typeset and printed by Holywell Press, Oxford, 135 pp.



Martin Murphy es un historiador inglés conocido en España por sus trabajos sobre José María Blanco White: además de varios estudios sueltos, ha escrito la mejor biografía existente del escritor sevillano, haciendo por primera vez una comprensiva y equilibrada reconstrucción de la totalidad de su figura española e inglesa, política, literaria y religiosa (*Blanco White: self-banished Spaniard*, 1989; trad. cast. *El ensueño de la razón*, Renacimiento, 2011). En general, Murphy se ha interesado por la convulsa historia del catolicismo inglés, y por las relaciones establecidas entre Inglaterra, Irlanda y España en el contexto de la postergación de los católicos en las Islas Británicas. El volumen que ahora comento es otro aporte a esa compleja historia de rivalidades religiosas confundidas con identidades nacionales, relaciones mercantiles y emigraciones cruzadas.

El capricho —un motor intelectual tan válido como cualquier otro— conecta la genealogía del historiador con la historia que cuenta: un tatarabuelo suyo irlandés se casó en 1826 con una joven emparentada con linajes leales al catolicismo en Sussex y Kent, uno de ellos el que sirvió de cuna en los albores del XVIII al singular Joseph Gage, que formaría una extraña pareja —en lo personal y en lo mercantil— con lady Mary Herbert, la hija del marqués de Powis, en Gales, de la alta nobleza jacobita refugiada en Francia. Tirando del hilo adecuado,

y si el azar acompaña, todo puede estar conectado con todo, pero más allá del personaje el asunto central que otorga interés a la anécdota es el moderno arranque de la minería en Andalucía de la mano de promotores británicos, que tanta importancia alcanzaría en períodos posteriores. Así que, como toda buena biografía, esta cumple lo que el autor donosamente promete: «*the story became not just a Life but a Times*» (p. viii).

Gage y Herbert participaron de unas ruinosas especulaciones en el París de la Regencia durante la burbuja financiera más destacada del siglo, ocurrida en 1720. Fue el llamado «sistema de Law», por el apellido del escocés que lo desarrolló al amparo del Estado, gracias al decidido apoyo del regente Felipe de Orleáns. Hubo una masiva emisión de papel moneda, respaldada por el monopolio comercial de una Compañía que operaba en las posesiones francesas del Misisipi, a la que luego se le fueron sumando otros muchos privilegios y rentas. La multiplicación y subdivisión de las acciones de esa compañía produjo una espectacular revalorización que no correspondía a los beneficios reales y que poseía elementos de una estafa piramidal. Cuando se perdió la confianza y se empezó a canjear el papel por su valor en metálico, la burbuja reventó y la caída de los títulos fue tan vertiginosa como había sido su subida. Muchos jacobitas ingleses refugiados en Francia quedaron afectados, pero pocos en medida tan grande como Herbert y Gage. En la cúspide de sus ganancias se dijo, sin fundamento, que este intentó comprar la corona de Polonia. La pareja creyó hasta el final en el sistema de Law, de modo que incurrieron en enormes pérdidas y cuantiosas deudas con prestamistas con los que estuvieron pleiteando toda su vida.

En cierto punto, la historia se hace turbia y novelesca como la vida misma: discordias familiares, demandas cruzadas, prisión por deudas, cambios continuos de domicilio huyendo de los acreedores e incluso contratación de asesinos a sueldo en el submundo parisino y falsos cargos de sodomía convenientemente fabricados. Más adelante en el relato encontraremos acusaciones de bigamia, falsificaciones documentales, enredos y apropiaciones de todo tipo, y a un banquero —Richard Cantillon, archienemigo de Herbert y Gage en los tribunales de París— misteriosamente muerto en un incendio en Londres, cuyo cadáver no se acaba de saber si quedó carbonizado por un descuido al leer de noche en su cama, o decapitado por un criado desleal, o si bien el propio difunto simuló su muerte para rehacer su vida sin cargas legales en la lejana colonia holandesa de Surinam.

Pero la verdadera novela que hace esta historia instructiva, y no solo anecdótica, no fueron las penalidades sufridas en París por estos desvergonzados especuladores, y sus ramificaciones criminales, sino el modo como la bancarrota y el acoso judicial les llevan a intentar rehacer su economía huyendo de Francia hacia otra tierra prometida: las minas de Andalucía. A comienzos del xviii la monarquía española se propuso explotar yacimientos de la sierra entre Huelva y Extremadura abandonados desde los romanos y cuya reapertura había fracasado en tiempos de Felipe II. Un emprendedor —o aventurero— sueco fundó una compañía a tal fin en 1725, pero ante los problemas suscitados la corona dividió las concesiones otorgando las relativas a Guadalcánal y otras minas a una nueva sociedad que necesitaba expertos para materializar la explotación. Parte de las riquezas de los Herbert provenían de lucrativas minas de plomo en Gales. Tras oscuras gestiones mediante intermediarios no más claros, en 1727 lady Mary Herbert aparece en Madrid para firmar un contrato con aquella compañía, según el cual se obliga a drenar las minas para que pudiesen trabajarse, a cambio de dos quintos de los costes invertidos y los beneficios obtenidos. Los pormenores de cómo se reclutó al personal en Inglaterra y las idas y venidas de las negociaciones son diligentemente narradas por Murphy, y resultan tan deliciosas de leer como fastidiosas de resumir. Solo apuntaré que incluyen una épica

batalla, digna de una película de cine mudo, entre varios británicos ebrios en una taberna de Cádiz.

Cuando Felipe V se acomodó en Sevilla en febrero de 1729, allí se planta también lady Herbert para reunir capital, parte del cual había aportado Gage, quien marchó a dirigir sobre el terreno los trabajos del drenaje. Empantanada en un negocio que no arrancaba y un contrato que le impedía irse de España antes de dejar las minas listas para explotar, lady Herbert estaba en un apuro. En 1732 intentó cruzar la frontera hacia Lisboa, pero fue detenida por real orden y obligada a regresar a Sevilla, donde tronó contra tal afronta ante los gobiernos español y británico. Poco después el drenaje se realizó y la mina empezó a producir plata, pero la Compañía puso excusas para pagar el porcentaje comprometido. Otro largo ciclo de pleitos judiciales se inicia, mientras la mina se abandona de nuevo y Gage se dedica por su cuenta a buscar yacimientos de oro en cierto lugar de Andalucía, y luego de cobre y plata en otros tantos, para todo lo cual carecía de licencia regia. En 1733 Alexander Pope incluye a la peculiar pareja en su *Epistle to Bathurst*, una pieza satírica donde simbolizan la codicia y la especulación que reinaban en el día, según la adusta opinión del gran moralista católico inglés, y aunque la historia continúa algunos capítulos más, de no menor escarmiento, esa iba a ser toda la fama —infame— que Gage y Herbert consiguiesen. Claro que siempre les interesó más el dinero que la gloria.

Mary Herbert fue sin duda una codiciosa especuladora, pero con un agudo instinto de empresaria, infrecuente entre las mujeres de su tiempo y clase. En los quince años que pasó en España estuvo siempre pergeñando negocios, seguramente no muy realistas, pero que daban muestra de ese espíritu ambicioso e innovador que, en mejores contextos y con mayor acierto, constituyen el origen del capitalismo y de la revolución industrial, conceptos tan poco entendibles como ausentes en la España de entonces. Lo mismo se proponía explotar minas que importar cebada desde Gales sirviéndose del capellán de unas monjas inglesas en Lisboa, «and we shall save 3% commission» (p. 72). Y por supuesto la ejemplar historia de la aristócrata arruinada y desterrada, pero siempre arrogante e imperiosa, reúne asimismo las otras notas acostumbradas en la historia del capitalismo: especulación financiera, colusión venal con el Estado, manejo de información privilegiada y abuso de posición dominante... al menos mientras durase la burbuja o la mina no se inundase del todo. En 1742 consiguió ganar el pleito sobre los yacimientos de Guadalcanal y, de rebote, se encontró también a cargo de las minas de cobre de Río Tinto, que comenzaban a explotarse de nuevo. Pero cada giro favorable iba seguido de algún contratiempo, cuyos recovecos no sigo narrando, pero que el lector descubrirá cumplidamente en este librero.

A la vez, la voluntariosa inglesa tenía que arreglárselas para sacarle dinero a su padre y evadir las tenaces propuestas matrimoniales de Gage. Desde cierto novelesca perspectiva, las relaciones entre Herbert y Gage son lo más sugerente del relato, y lo más enigmático, porque Murphy no abunda mucho en ello, acaso por carecer de suficientes fuentes. Era un arreglo desigual, pues ella era de clase mucho más alta que él. Herbert se aprovecha de eso —pero sin duda no solo de eso— para poner a su «faithful suitor» (p. 73, así lo denomina Murphy) al servicio de sus propias necesidades, mas sin otorgarle nunca la recompensa que él esperaba por su abnegada entrega, que le hacía consumir sus recursos y capitanejar cuadrillas de mineros británicos borrachos en las asperezas de cualquier serranía andaluza. Las cartas en que Mary se dirige a su padre marcándole lo que ha de escribirle a Gage para mantenerlo justo en la posición que ella quiere son un prodigo de manipulación psicológica y engaño premeditado. Al fin, moviendo hilos sin escrúpulos, Herbert consiguió regresar a Francia sin impedimentos legales en 1743, donde seguiría residiendo, en una ininterrumpida serie de pleitos, intrigas, negocios y tejemanejes familiares

hasta su muerte en 1775. Gage había fallecido en 1768, sin haberse nunca alejado demasiado de ella.

Capitalismo desbocado a caballo entre tres naciones, desventuras católicas en Gran Bretaña y manejos amorosos fascinantemente cínicos son, pues, las tres materias que se funden en esta historia y que justifican que, en efecto, no estemos solo ante el relato de unas vidas, sino ante la aleccionadora evocación de una época y unas costumbres que exceden de lo anecdotico. Como todos los trabajos de Murphy, este brilla por su impecable y sobria escritura, sin alarde ni desperdicio, por una fina ironía (esa que en España denominamos «inglesa») y por su exhaustiva documentación del tema, pues el libro se basa en cuantiosas fuentes primarias procedentes de los principales archivos españoles (AHN y Simancas), británicos (National Library of Wales, National Archives, British Library), etc. Pero ante todo, y aparte del esmero profesional de un historiador riguroso, este libro es —conviene decirlo— una lectura deliciosa.

Fernando DURÁN LÓPEZ